

TENGO UNA PISTOLA

PRIMERA PARTE

Tengo el ratón colgando del cuello. Tengo el cable ahorcándome.

Me desperezo y me siento en la cama. Me quedo mirando la pared. Mientras deslío a mi mascota resollando por la asfixia, veo a todos esos peluches atrapados en la red de la canasta de baloncesto. Hacinados y olvidados. Algunos con la cabeza estrangulada en cada una de las horcas de la red, con las patas colgando en el aire. Holocausto de ositos, con sus ojitos tristes de botón. Está todo oscuro. El reloj me chilla que ya ha amanecido. Me levanto, enciendo la luz y me quedo un momento enfrentado a mi reflejo en la ventana. Las persianas están completamente bajadas.

Todas las ventanas de Casa están tapiadas. Con el ratón al hombro, avanzo por el pasillo a trompicones, mientras intento dar con los interruptores a tientas. Poco a poco va amaneciendo en mi hogar, habitación por habitación. Antes de ir a mirar el ordenador, voy a ir a tomar algo. Cuando paso por la puerta de la cocina, que está enfrente de la puerta del estudio, un agujero negro me absorbe. La gravedad infinita me anula y el nuevo orden espacio-temporal rompe la continuidad. Un salto sin saber qué ha pasado en el trayecto. Estoy enfrente del ordenador y me pregunto por qué, cómo lo he hecho. Conecto el ratón al puerto USB y mi brazo se convierte en una serpiente. Engulle al ratón vorazmente y su cola se retuerce sobre mi hombro. No me suelta.

Pincho mi página de videojuegos. Noticias nuevas. Noticias frescas. Pincho una noticia. Abro otra ventana. Pincho mi página de música. Leo titular de noticia de videojuegos. Pincho una noticia de música. Abro otra ventana. Pincho una web de trastornos mentales. Consulto la temperatura del procesador. Pincho mi página de cine. Leo el nombre de un grupo. Procesador a 50 grados. Pincho la crítica de una película. Miro estadísticas de trastornos. Abro otra ventana con la misma página de videojuegos. Pincho una review. Miro la puntuación: 8,9 sobre 10. Dos de cada cien personas sufren agorafobia. Copio el nombre del grupo. Pego en lista de grupos. Consulto la temperatura de la placa. Miro el director. Cinco de cada cien personas tienen depresión mayor. Pincho filmografía. Abro tantas ventanas como películas. Abro mi correo. Doscientos mensajes nuevos. Todos basura. Procesador a 52 grados. Pincho otra noticia de videojuegos. Pincho la discografía del grupo. Borro 5 mensajes. Uno de cada cien sufre estrés postraumático. Copio discos pego discos. Miro la web del sponsor. Quinientas nuevas fotografías: 100 anales, 50 teens... Pincho otra noticia de música... 50 preñadas, 25 pissing, 50 bondage... Pincho otra crítica de cine... 100 cumshots, 50 interraciales... Procesador a 53 grados. Tres de cada cien mujeres tienen bulimia. Abro otra ventana abro mi correo borro otro mensaje... 50 dobles penetraciones, 25 asiáticas... Cien nuevos vídeos... Pincho una película. Veinte de cada cien tiene alguna fobia. Placa a 45 grados. Empiezo a leer la sinopsis... 30 vídeos de corridas, 20 de zoofilia... Leo influencias del grupo... Procesador a 53 grados... 10 de maduras, 5 de incesto... Miro otro juego... 15 bukkakes, 5 de viejos y jóvenes... Abro ventana... Busco grupos similares... Borro 10 mensajes... 50 fotos amateur, 25 fotos tetas gigantes... Puntuación 7,5 sobre 10... Leo foto abro influencia pego director pincho tetas... 25 vídeos de gonzo, 20 fotos de creampiees anales y vagi-

nales... Procesador a 54 grados... Una de cada cien personas se suicida.

Cierro las 50 ventanas de golpe.

Es hora de trabajar.

Me preparo un vaso de leche con café. Entro al estudio. Apago el Navegador y enciendo el Diseñador. Mientras se pone en marcha, miro el Ordeñador. Se han descargado 30 películas, 20 discografías y cuatro temporadas completas de varias series. Después de sorber un poco del vaso, me quedo mirando la pantalla del Ordeñador sin pestañear.

Las velocidades van fluctuando.

Los tantos por ciento van aumentando.

Los bytes que restan van disminuyendo.

El baile de números me embauca como cientos de relojes oscilando pendularmente a mi alrededor. Las barritas se van rellenando de verde. El verde me relaja. El verde me llena de esperanza. La esperanza de que la descarga va por buen camino. El verde me recuerda a la naturaleza más exuberante de los videojuegos más embaucadores y relajantes.

El verde es un paisaje del *Zelda*.

El verde es una pradera refrescante del *Halo 1, 2 y 3*.

Ciria está conectado.

Ciria dice: ¿Qué tal esas tetas de silicona y esos coños rasurados?

Cascaradenuetz dice: Como siempre. Rutina. Menos mal que la discriminación de rostros humanos es prácticamente ilimitada. Nuevas caras. Es lo único que cambia.

Ciria dice: Sí. Hace tiempo que el mundo sólo se resume a hacer copias. ¿No crees? A volver a modas pasadas.

Cascaradenuetz dice: Las mismas posturas. Los mismos planos. La misma lencería. La misma expresión lasciva esperando la descarga. Todo inventado. Dime lo más extremo que se te ocurra. Lo más retorcido. Ya lo habré visto seguro.

Ciria dice: ¿Crees que el grado de morbo tiene su límite?

Soy una araña. Mis diez dedos pululan por el teclado como diez patas peludas. Tejo trampas en la gran red, donde caerán miles de presas. Comienza mi jornada como diseñador de páginas porno. Abro todo el material en la web del sponsor y lo descargo en la carpeta de PORNOGRAFÍA.

Ciria dice: Dos gemelas follando entre sí.

Cascaradenuetz dice: Buen ejemplo, pero lo he visto. Incesto y lesbianismo en el mismo pack. Y sin necesidad de demostrar el parentesco ante notario.

Ciria dice: ¿Hay que demostrar el parentesco en las páginas de incesto?

Cascaradenuetz dice: Si es una buena página sí. Si es mala, sólo queda que el cliente le eche imaginación.

Voy tejiendo enlaces, insertando fotos, programando secciones, colocando baners, metiendo los vídeos. En las TGP (Thumbnails Gallery Post), cada página activada hace saltar otra y ésta a su vez otra... y otra. Las ventanas crecen exponencialmente hasta que no puedas ver más allá de nuestra red viscosa. Como varios pescadores en varias barcas colaborando para sumergir una red más grande y atrapar más pescado. Cogido por los huevos, nunca mejor dicho.

Ciria dice: Una séxtuple penetración. Dos penes por cada agujero.

Cascaradenuetz dice: A la orden del día. Lo más complicado es la colocación de los seis tíos. Más difícil que el cubo de Rubik.

Cada vez que intentas tocar a una de mis diosas retocadas digitalmente, cada vez que presionas una cara angelical pringada de semen para verla más grande, cada vez que pulsas una falsa galería gratis de colegialas sodomizadas, se tejen nuevas ventanas con nuevas posibilidades,

con nuevos paraísos sexuales, nuevos deseos reprimidos, hasta que al final del laberinto llegas a un callejón sin salida que te obliga a pagar para poder seguir. En el momento justo. En el momento apropiado.

El sponsor es la página final. El sponsor es quien me paga un porcentaje de las ventas cuyo origen haya estado en uno de mis cepos o páginas lubricativas. El sponsor es quien me abastece de miles de galerías de fotos y vídeos cortos, a modo de ratonera para el navegante. Si consigo que mis visitantes se conecten a sus videochats eróticos, gano 50 céntimos por minuto conectado.

Ciria dice: ¿Y no te cansas de estar siempre viendo porno? ¿O te tienes que hacer una paja cada media hora?

Cascaradenez dice: Cualquier placer en grandes dosis y durante mucho tiempo se termina por convertir en una tortura. La mayoría del tiempo sólo veo ratios, números, códigos, estadísticas, gracias a Dios. Todos envidian a los actores porno. Pero los envidian aquellos que no follan. Ser actor porno debe de ser tan sacrificado como la albañilería en agosto.

Después de hincarte mi aguijón invisible, la testosterona hace el resto. Estás siendo coaccionado por mis agentes infiltrados de la Unidad de Bioquímica Prehistórica. Te he puesto a punto y tus hormonas bombardean cualquier plan alternativo. Tus pensamientos relativos a no malgastar el dinero están desarmados, desnudos y tirados en medio de una carretera a oscuras, en mitad de la guerra más cruenta.

Ciria dice: No exageres, tío. No me compares deslomarte en una obra con tirarte a varias tías en un día.

Cascaradenez dice: La naturaleza ayuda. Puede que tengas razón. No lo sé. La energía sexual no requiere tanta fuerza de voluntad.

Ciria dice: Más que ayudar, la naturaleza nos obliga a expulsarla. Siempre hay ganas, ¿no?

Cascaradenuetz dice: Puede ser. Es como si fuera independiente. Como si funcionara con un motor aparte. Sin embargo, no es algo instintivo subir a un andamio para hincharse a colocar ladrillos. No eyaculamos cemento.

La red te envuelve y se te queda pegada. Quieres más y sólo tienes que poner 16 dígitos, la fecha de caducidad y el código de seguridad que está inscrito en el dorsal de tu tarjeta.

Te pillé.

Con mi aguijón y mi red.

Estás metido hasta el cuello.

Hasta que no eyacules no volverás a ser tú y tus pensamientos. Pero será tarde.

Estás dentro. Uno de cada mil pica el cebo. Uno de cada mil reprime la masturbación con los preámbulos y se obceca en tocarme. En meterse dentro de mí. Necesita más. Quiere subir un peldaño más. Y luego otro más, hasta llegar a la cúspide del éxtasis químico. Quiere empaparse de libido morbosa. Su condición humana no le permite controlar mejor sus instintos, sino ser más retorcido y estar más desquiciado.

Un 50% de los beneficios para mí y el resto para el sponsor, que alquila o compra el material a una productora y su ejército de cámaras, iluminadores, directores, maquilladores, peluqueros, rasuradores, expulsadores y tragadoras.

Ciria dice: Si le dieras a elegir, no creo que le hiciera ascos. Un albañil firmaría donde fuera para ser actor porno.

Cascaradenuetz dice: Tal vez. No me imagino a un albañil agobiándose por dos buenas tetas en la cara.

Ciria me insiste en que no está todo visto. Ciria no concibe que no pueda haber algo nuevo que llevarse a los ojos.

Cascaradenez dice: El cuerpo humano tiene sus límites. Las posibilidades no son infinitas. Todo tiene su grado máximo. La tortura, el morbo, el drama, todo tiene su máxima expresión. Un día ya no habrá mercado para el porno. Las leyes le impedirán avanzar.

Ciria dice: Siempre quedará algo por descubrir dentro de la legalidad. No hay nada que sea insuperable. El morbo tampoco. No hace falta un vídeo snuff para reinventar el género.

Cascaradenez dice: Te aseguro que está todo visto. El cerebro también tiene sus límites. Ha sido testeado hasta la saciedad.

Ciria dice: Pues dicen que no sabemos nada del cerebro.

Cascaradenez dice: No sabemos cómo funciona, pero sí hasta dónde puede llegar. Más allá del máximo orgasmo, más allá del máximo dolor, las neuronas saltan como los plomos y se chamuscan. Y las arterias no son autopistas de infinitos carriles. Cuando no cabe más droga, cuando no cabe más testosterona chorreante, cualquier nuevo estímulo es en balde.

Ocho de cada diez personas creen que el sexo es beneficioso para la salud y el bienestar.

Busco estadísticas sobre parafilias y demás trastornos sexuales. Uno de cada veinte es voyeur. Dos de cada cien son sadomasoquistas. Uno de cada diez hombres sufre impotencia. Dos de cada diez mujeres son frías. Uno de cada cien es necrófilo en potencia. Pocos consiguen un fiambre. Mueren al año diez personas en el país en accidentes relacionados con la autoasfixia, el autoestrangulamiento o el autoahorcamiento autoeróticos. Una de cada treinta es fetichista. Algunos acaban echando a la pareja de casa y se quedan con sus pertenencias para acostarse con ellas. Sólo una de cada tres denuncia el robo a la policía.

Ciria dice: ¿Crees que se puede morir de felicidad? ¿O por un orgasmo descomunal?

Cascaradenuetz dice: Yo creo que sí. Un derrame o un infarto cerebral. Oye, ¿quieres algún vídeo? Invita la casa.

Ciria dice: No, gracias.

Cascaradenuetz dice: Es un vídeo exquisito. La crème de la crème.

Ciria dice: Está bien. Pásamelo. No quiero hacerte un feo. Lo grabaré en un DVD. Quién sabe. Algún día podrá serme útil.

Cascaradenuetz dice: ¿Cómo llevas tu autobiografía audiovisual?

Ciria dice que empezó grabando sólo los acontecimientos más significativos: cumpleaños, conciertos y viajes. Siguió con eventos menos importantes, como salidas nocturnas, conferencias o clases en la universidad. Hasta que acabó grabándolo todo desde que se levantaba hasta que se acostaba. Toda su vida en alta definición. Lo conocí hace algún tiempo en un foro sobre grabadoras de DVD. Vivía en la misma ciudad, el mismo barrio, aunque para Internet no hay distancias. Tanto daba que fuera mi vecino o que viviera en Australia, máxime cuando no nos íbamos a ver. Me insistía en que escribiera de forma correcta y completa, con puntos, comas, tildes y sin expresiones criptográficas ahorrativas. Lleva años con la misma foto puesta, con esas gafas negras. Debe de ser un obsesivo-compulsivo. Una de cada veinte personas es obsesiva-compulsiva. Pienso en qué compañeros de colegio serán obsesivos-compulsivos. ¿Manuel Martínez Vera, alias *Caratabla*? ¿Ignacio José Sidrach Díez de Revenga, alias *Al Capone*? Busco sus nombres con sus apellidos en el Buscador. Los apellidos de tus compañeros del colegio no se olvidan. A ver cómo les va. Uno de ellos no aparece. Será un fracasado o se habrá muerto. El otro es abogado.

Esos nombres están esculpidos en tu cerebro para siempre.

Los compañeros del colegio nunca se olvidan.

—¿Cómo andas? —me dice mientras se repantiga en el diván con esa insolencia que me saca de quicio.

—Bien.

—¿Has hecho los ejercicios que te propuse?

—No.

—¿Por qué no? —me resopla algo cansino, como si le importara.

—No he tetenido tiempo.

—Ni que fueras el presidente de la General Motors —me gruñe con los ojos cerrados mientras se balancea en el diván con las manos detrás de la cabeza—. ¿Cuándo te vas a quitar ese maldito casco?

—Que tte den —le musito entre dientes mirando hacia al suelo.

Así cinco años. Como una relación comercial eterna con un panadero, una prostituta o un agente de seguros. Pasó de llamarme «paciente» a llamarme «cliente». No sé si yo acabé con su paciencia o él acabo con la mía. Se presenta dos veces por semana en el momento en que le da la gana. Sin cita previa. Él es titular de mi cuenta bancaria. Él es quien me saca el dinero del cajero y me lo trae a Casa. Me pongo mi casco integral de moto GP y lo soporto durante una hora.

—Veo que no estás por la labor de avanzar en la terapia —me insinúa mientras inspecciona las uñas de una de

sus manos en forma de cuenco—. Si no colaboras, llamo a tus padres para que vengan del pueblecito —me amenaza con voz reconcomida y tensamente controlada.

Saca un fajo de billetes y me lo entrega. Le doy su parte tirándole varios billetes en la mesa y me guardo el resto.

—Hoy he tenido un día de perros —me cuenta mientras recoge los billetes, los recuenta y los guarda en el bolsillo de su camisa. Sé que ha llegado el momento del CASO DEL DÍA. Me saca de mis casillas cuando se hace el psicólogo colega y enrollado. Ahora es cuando me evado y hago que lo escucho—. Un tío ha venido hoy pidiéndome responsabilidades. Dice que yo le aseguré que no se contagiaría de sida. Va y me grita que yo le dije que todo era una obsesión irracional. Dice que soy una estafa. Me ha dicho: «¿Has visto cómo tenía razón?» Dice que me va a denunciar. Yo le respondo que le quité el miedo a contagiarse, no la posibilidad. Yo no tengo la vacuna. Me dice que si hubiera seguido con su fobia no se habría contagiado. Le he dicho que ya no es una enfermedad mortal. Que se tranquilice. Es como la diabetes, algo crónico, pero no fulminante. Se ha puesto hecho un energúmeno. Le quité el miedo y bajó la guardia demasiado. Se le olvidó el preservativo y se infectó. Dice que todo es por mi culpa. Yo no le dije «no tomes precauciones». El quería que le tratara su hipocondriasis. Dice que me va a denunciar, el gilipollas. Me he cabreado y le he dicho que si quiere podemos iniciar una nueva terapia: la de sobrellevar la enfermedad. Y le he asegurado que ahora ya no tendrá miedo a contagiarse. En fin, me ha tocado los huevos. Soy psicólogo pero no la madre Teresa. Esta tarde estoy de mala hostia. Joder, ¡la mejor terapia contra el miedo a contagiarse es contagiarse! Quizá vivan menos pero más tranquilos. La mejor terapia debería ser ir a un parque y pincharse con todas las jeringuillas que vean y follar con condones usados por otros. Una vez —bostezo sonora-

mente y se para un momento, clavándome su mirada desafiante —... una vez me pasó algo parecido con un obsesivo-compulsivo cegado con el cáncer. Después de decirle por activa y por pasiva que era un miedo exagerado e ilógico, me soltó enfurruñado: «¿Qué pasa, que los fóbicos al cáncer somos inmunes al cáncer? ¿Estoy exento de padecer cáncer por el hecho de pensar en él? Tengo derecho al cáncer, como cualquier otro.» Le tuve que dar la razón. Yo quito el miedo, no la posibilidad.

»En fin —dice con desdén antes de continuar. Siempre dice lo mismo, «en fin», «en fin»...—. ¿Sabes? Cuando venía de camino, casi me lío a puñetazos con un tío. Me disponía a pasar por un paso de cebra y un coche se ha parado bruscamente para que cruzara. Le he hecho una señal con el brazo para que continuara. Ha permanecido parado y ha insistido en que pasara moviendo su mano con gesto resignado y displicente. Yo he vuelto a hacerle el ademán de que pasara. Los coches de detrás han empezado a pitar. Ha vuelto a mover su brazo más violentamente y yo he vuelto a mover mi brazo con la misma parsimonia. Ha empezado a pitarme para sumarse a la pitorrada del pelotón trasero. Yo perseveraba con el mismo gesto y la misma paciencia. Ha abierto la puerta y, cuando ha puesto un pie en la calzada, lo ha vuelto a meter, ha dado un portazo y con un acelerón chirriante se ha largado. No quiero favores de nadie, ¿tan difícil es de entender? Si alguien me ayuda, que sea con buena cara y una sonrisa despampanante. «No quiero favores de nadie.» Apúntatelo y subráyalo hasta que se rompa el folio: «Soy autosuficiente.» Aunque creo que no te hace falta. Tú llevas esta premisa hasta sus últimas consecuencias.

—Entonces, ¿pa para qué quiquieres que salga?

—¿Sabes por qué no llego a cabrearme del todo? —me pregunta sin responderme, como si no me hubiera oí-

do—. ¿Sabes por qué no me lío a hostias con el tipo del paso de cebra?

—...

—Me imagino su cráneo hueco dentro de cien años y relativizo su impertinencia. ¿Te has imaginado alguna vez tu cráneo vacío? Cierra los ojos, concéntrate en tu mente encerrada en el cráneo e imagina que tarde o temprano será una oquedad..., como una calabaza de Halloween. Es inconcebible, ¿verdad? Una cabeza pensando sobre ella misma, una metacabeza prediciendo su vaciado futuro. Yo lo hago cada vez que me levanto todas las mañanas. Pero ahora... ahora llegan los Inmortalistas diciendo que es cuestión de unos años alcanzar la inmortalidad gracias a los avances científicos. ¡No me rompáis los esquemas! ¿No había que morirse? ¿No era ley de vida? ¡La muerte es uno de los mejores instrumentos terapéuticos y nos lo quieren arrebatarse cuatro locos!

—...

—¿Te hablé de la empresaria-suicida y su agenda? —me pregunta retóricamente, pues me lo va a contar de todos modos, sea cual sea mi respuesta—. Una mujer empresaria me dijo la semana pasada que la agobiaba la muerte porque no era una cita que pudiera poner en su agenda. Desde que se levantaba hasta que se acostaba, tenía el día programado en su agenda desde hacía un mes por lo menos. Va y me dice que piensa suicidarse para tener el control, para poder programarlo con antelación y apuntarlo en su agenda. Le dije: «Mujer, ¿cómo va ser cuestión de agenda? Algo habrá de fondo. Nadie se suicida para poder poner su muerte en su agenda.» Se me puso hecha una fiera. «Habrá una causa inconsciente», la intento tranquilizar. Y ella en sus trece de que no puede ser algo imprevisto, de que la aterroriza no saber cuándo va a morir. «¡Pues apúntalo ya», le grito en un ataque de ira incontrolada, arrebatándole la agenda de un manotazo y pa-

sando las hojas violentamente para buscarle un hueco. «El 13 de octubre a las 10.45 h, entre la reunión ejecutiva de las 10.10 h y la visita de los proveedores a las 11.05 h.» «Es mi rato del almuerzo», me dice. «Pues almuerzas y te suicidas», le digo mientras escribo «suicidarse» en la franja horaria correspondiente. Se tranquilizó al tener su muerte fechada, y pudimos empezar a hablar.

REC

Un kilo de tomates.

Seis botellas de leche.

Un paquete de espaguetis.

Dos kilos de naranjas.

Mantequilla.

Una caja de copos de maíz azucarados.

Dentífrico.

Cuatro yogures blancos sin azúcar.

...

Doce latas de cerveza con alcohol.

No me importa la marca.

Dirección: calle arce, número nueve, cuarto a.

STOP

Llamo por teléfono al supermercado y pulso PLAY.

Hoy mi cuerpo se ha levantado y mi mente no sé dónde se ha quedado. Dormitando por algún rincón. Ni afeitarme, ni cambiarme de ropa, ni peinarme. Lo bueno de mi filosofía de vida es que no tengo que disfrazarme y llevo al trabajo en 20 segundos, arrastrando los pies, sin más atascos que ropas y trastos esparcidos por el suelo. Entro en la cocina y siempre alguien me la cambia por la Central Multinuclear de Procesamiento de Datos. Miro hacia la cocina y me digo: «En el próximo intento.»

La ausencia de luz solar hace que me olvide de que existe un exterior más amplio que este piso.

Me estoy quedando sin espacio en el disco duro del Ordenador. Voy a tener que pedir varios discos duros externos más. Lo llamo Ordenador para hacerme amena la existencia. Tengo que fabricarme mis propios chistes. También tengo un Navegador Transatlántico, un Lienzo de última generación, un Tatuador o Tostadora, y una Barquita que me llevo a mi habitación remando por el pasillo. Cinco ordenadores en total; cada uno para una cosa. No me gusta sobrecargar el hardware. Una vez se me quemó uno y empezaron a salir chispazos y humo. Uno de cada tres muertos en accidente laboral tiene menos de treinta años y el 40% contrato temporal. Yo ni siquiera tengo contrato. Demasiado calor. Nunca más volverá a pasar. Le puse tres ventiladores extra y refrigeración líquida. Ahora tengo piezas de repuesto para cada componente. Tarjetas gráficas, placas, procesadores, lectores, fuentes de alimentación, routers, módems... y un extintor. Tengo un sensor de temperatura para el procesador y la placa. En una ventanita veo continuamente a qué temperatura están. También instalé un programa para comunicar todos los ordenadores y un Intercomunicador Para Bebés. Cuando estoy en mi habitación, veo en la pantalla del portátil las pantallas de sus hermanitos, por si hay alguna emergencia. Si se acaba la memoria, algún archivo se bloquea o simplemente empieza a arder, suenan diversos pitidos que oigo a través del Intercomunicador Para Bebés, un chisme para escuchar cualquier tipo de llanto en una habitación alejada. Mi pequeño Ordenador lleva un año y dos meses encendido (pronto empezará a balbucear sus primeras palabras), sin interrupciones, sin malas digestiones, sin toses ni muerte súbita, gracias al dispositivo SAI (Sistema de Alimentación Ininterrumpida) que le añadí.

Pensé en un grupo electrógeno, como el que hay en los quirófanos, por si se va la luz, pero no era fácil conseguir el gasoil online.

Me deslío el ratón del cuello y lo conecto. Miro en Internet estadísticas de enfermedades. Uno de cada tres nuevos casos de VIH se produce en jóvenes de quince a veintinueve años. Una de cada 500 mujeres sufre esclerosis múltiple. Cuatro de cada cien muertes son por diabetes. Mueren de cáncer cada año en el país 950 menores de treinta años. Están aumentando los casos de cáncer en niños y jóvenes. Debería buscar en la web de compra-venta varias dosis de quimioterapia para cuando tenga cáncer. Una de cada tres personas vamos a tener cáncer. Tengo que conseguir mi dosis ya. No quiero ver a ningún médico. Ni a domicilio. Si un médico me dijera cara a cara que me voy a morir, me daría vergüenza. Me sentiría ridículo, y seguro que me pongo colorado.

Pincho el sponzor y voy abriendo material nuevo de la productora. Las compuertas de la presa se van abriendo y se me inunda la habitación con un hectómetro de semen. Quizá no haya sido buena idea echar abajo el dique antes de desayunar. Una riada de pringue con la que voy a tejer la pegajosa maraña. Me muevo de un ordenador a otro sentado en mi silla giratoria.

Enciendo el Lienzo.

Giro en redondo.

Miro el Ordeñador.

Giro noventa grados.

Enciendo la Tostadora.

Giro hacia el Transatlántico.

Empiezo a girar y girar tomando impulso con mis manos desde paredes y mesas. Levanto los pies. Me quedo dando vueltas con los ojos cerrados. Si fuera una araña, morfológicamente hablando, tendría suficientes extremidades para utilizar los cuatro ordenadores a la vez.

Acaba de sonar el interfono. Me levanto de un sobresalto, voy hacia el vestíbulo y miro por el videófono. Es el cartero. Tiene un pedido para mí. Él ya conoce el procedimiento.

Le abro. Pone el pedido junto con el albarán dentro del ascensor y pulsa 4. Guipo por la mirilla. No hay nadie. Llega el ascensor. Salgo, cojo la caja y firmo el albarán. Me quedo con una copia. La otra la dejo en el suelo y pulso planta baja. Me meto en Casa corriendo y doy un portazo, y echo todos los cerrojos y candados. Me daría lo mismo que robaran en Casa, pero me moriría de vergüenza si me encuentro con el ladrón. ¿Qué le digo? Seguro que me pongo rojo y piensa que soy gilipollas.

Por eso aseguré bien la puerta.

Abro la caja. Viene desde Southampton. Una colección de discos descatalogados que gané en una subasta de la web de compra-venta. Encaro la audiovideoteca del salón, o depósito de cadáveres, y coloco los discos en su lugar correspondiente según estilo y orden alfabético. El salón está tapizado de arriba abajo con estanterías para discos y películas.

Después de trabajar mis 6 horas, me he comido unas sobras del día anterior y he jugado al *Liberty of the Dead* toda la tarde. Para cenar me he comido las sobras de las sobras y he jugado al *Liberty of the Dead* hasta las 12 de la noche. Me acuesto con mi ratón e intento dormir unas horas. He puesto el despertador a las 4 de la madrugada. No consigo dormir. Pienso en mis tasas de prevalencia favoritas mientras tanto. Hago clic frenéticamente sobre los botones y poco a poco las ondas de mi cerebro van entrando en fase Alfa. Musito entre dientes que cuatro de cada quinientos sufrirá un accidente de tráfico...

... una de cada tres personas tendremos cáncer...

... uno de cada cinco tendremos alzheimer si vivimos más de sesenta y cinco años...

Suena el despertador y dejo caer un manotazo sobre él. Son las 4. Me levanto y..., ¿dónde coño lo he puesto? Revuelvo pijamas, cómics y cacharros electrónicos. Por fin encuentro el sobre y avanzo a oscuras hasta la puerta de salida de la Casa. Cojo las llaves y cojo la linterna. Intento no hacer mucho ruido con los cerrojos, las cadenas y los candados. Salgo y dejo la puerta entornada. Enciendo la linterna. La puerta del ascensor está abierta y amenaza con asfixiarme si entro. Bajo por la escalera sigilosamente. Se respira un silencio inquietante. Sólo se oyen los contadores de la luz repiquetear amenazantes. Voy mirando por el hueco de la escalera. Miro que no haya ninguna luz encendida en los pisos inferiores. Llego hasta abajo y me acerco a los buzones. Oigo un ronroneo constante que proviene de la maquinaria contigua a los ascensores. Enfoco con la linterna el 4.º A. Lo abro con la llave y meto el sobre. Cierro la puertecita del buzón pero no la cierro con llave. Oigo unos pasos que provienen de fuera. Se acercan a la entrada. Se me corta la respiración. Oigo el tintineo de unas llaves. No me da tiempo a subir. Echo a correr hacia la escalera. La llave apuñala la cerradura y le da una vuelta. Me quito las pantuflas como puedo y bajo descalzo hacia el sótano. Me quedo agazapado al lado de la puerta del garaje. Me aovillo horrorizado en una esquina con la manos cubriendo mi cabeza entre las rodillas. Se ha abierto la puerta del edificio y rechina como un demonio oxidado. Me tapo los oídos. Quiero que todo pase. Oigo cómo se enciende la luz de la planta baja. Cierro los ojos y aprieto mis oídos aterrado. Al cabo de un rato, exhausto por la posición y el sudor, abro los ojos y miro por entre mis dedos. La luz se apagó hace rato. No se oye nada. Me levanto y, sin encender la linterna, subo como puedo agarrándome al pasamanos como si fuera una cuerda que te lanzaran desde un helicóptero hacia el tejado de tu casa en una inundación. Llego a mi búnker aéreo. La puerta está

entornada. Entro exhausto, cierro y apoyo la cabeza en el marco. A tientas y sin mirar, voy echando cerrojos sin orden ni fluidez, como si me faltaran las fuerzas. Miro hacia mis pies descalzos. Me he dejado las pantuflas en el sótano. Me arrastro hacia mi cuarto y me dejo caer sobre la cama como si mis huesos fueran de plomo y mis músculos de hormigón. Cojo el ratón y me meto el cable entre las piernas, como si fuera una escoba mágica. Hago clic pero no me duermo. Tres de cada diez personas padecen insomnio. Dejo el ratón en el cabecero de la cama y alargo el brazo hacia la mesa de estudio. Agarro el mando de la consola, lo desconecto y me acurruco en torno a él. Palpo los botones, la cruceta y los sticks analógicos, y mi respiración se va desacelerando.

Una de cada mil personas muere durante el sueño.

No hay nadie en la calle. ¿Por qué no hay nadie? ¿Dónde se ha metido todo el mundo? Quizá sea demasiado temprano. O demasiado tarde. Tal vez sea un día festivo en mitad del verano. No hay coches, ni viandantes, ni actividad alguna. El alumbrado público está apagado. Veo ligeramente gracias a la luna llena y el cielo despejado.

Parece una gran ciudad. Me es tremendamente familiar. ¿Dónde estoy? ¿Por qué estoy en el exterior? No puedo moverme, estoy totalmente paralizado, aunque puedo mantenerme en pie. Pero las extremidades no me responden ni puedo cambiar el punto de mira; como una estatua consciente. No puedo mover el cuello ni los ojos; mi visión está como anclada en un punto del horizonte. No puedo parpadear. Es angustioso. Hay unos controles delante de mí: dos sticks analógicos, una cruceta digital, cuatro botones, dos gatillos y dos botones posteriores. No son visibles pero soy consciente de ellos, como si pudiera percibirlos con un sexto sentido parecido al tacto; un tacto mental. Pulso los controles aleatoriamente y comienzo a moverme como una marioneta sometida a un titiritero principiante. Paulatinamente, voy controlando algunos movimientos. Ando despacio, rápido..., cambio de dirección súbitamente, salto, me agacho, me arrastro y pulsando algunos botones doy puñetazos y patadas. Si combino el botón A y el B salto y doy una patada en el aire. Al pulsar la cruceta digital en dirección derecha se ha abierto

una especie de maleta donde hay algunas armas. Llevo una escopeta, una pistola, dos granadas y un bate sin saber por qué. ¿Contra qué peligros tengo que combatir?

Un escalofriante estupor me recorre las entrañas.

Deambulo por las calles desiertas deleitándome con la insólita y estremecedora sensación de soledad entre edificaciones y estructuras inconmensurables. Allá donde mire, se superponen rascacielos a diferente distancia, pero siempre guardan la armonía unos con otros. Moles simétricas de cristal cuadrículado como construcciones de Lego.

No hay nadie por las calles. No hay nadie al mando. Sólo yo. En el cielo se intuye próximo el amanecer, impregnándolo todo de un matiz azul oscuro. No hay electricidad y el sistema subterráneo de vapor está inactivo. Está todo a oscuras. Pulso el stick hacia delante y camino por la mediana de una gran avenida entre cuatro carriles. No consigo habituarme. Estar en mitad de la carretera me produce cierto desasosiego, como si tuviera que estar alerta por un tráfico inexistente. Andar por una gran ciudad sin coches me embarga de calma contemplativa e inquietante confusión.

Cuando paso por al lado de un pequeño parque, el sonido de los árboles y la hojarasca barriéndose en el suelo produce un contraste letárgico y tenebroso. Es inconcebiblemente sugestivo oír cómo las ramas se agitan tan brillantemente en medio de una urbe repleta de rascacielos apagados, donde en otro momento el ruido del tráfico, las máquinas y el trasiego de gente hubieran eclipsado cualquier sutileza natural.

Por momentos no se oye absolutamente nada. Sólo mis pasos, nítidos y amplificadas, que reverberan en las fachadas con todo el aire a su disposición para propagar sus ondas sonoras, como si estuviera corriendo bajo un mar hueco en donde el sonido no es absorbido y se alarga más allá de su origen.

En ocasiones sopla una subyugadora brisa, sostenida y

relajante como un arrullo maternal. Papeles y hojas de los árboles baten contra el suelo como insectos alados que no consiguieran despegar.

Abro el maletín y selecciono la linterna. Giro en redondo enfocando el lugar con el cerco de luz. No puede ser. Semáforos peatonales amarillos y letreros verdes como post-its con las calles numeradas pegados a postes metálicos. Estoy en Manhattan.

El amanecer azulado inminente empieza a intuirse en el reflejo de los edificios.

He comenzado a correr, fascinado y aturdido a partes iguales. Durante mi carrera, creo dimensiones nuevas en mi mente, nuevas ordenaciones en el espacio y el tiempo en un intento de dar una explicación a lo que veo. Miro en todas direcciones y me doy la vuelta sin dejar de correr, intentando abarcar el grandioso y misterioso panorama, pero mi mirada no da abasto por más vueltas que doy rotando sobre mi eje. He sido concebido para concebir lo inconcebible. No consigo entender nada, aunque la invención coherente resume y encapsula la realidad, y calma mis nervios. Redescribo mi ignorancia para dotarla de forma, para poder tocarla, dotándola de límites precisos, pero es en vano. Temeroso y apocado, corro por la acera con la cabeza gacha, refugiándome de la majestuosa inmensidad y libertad en derredor. Observo cómo las losas que piso están cuarteadas por la tenacidad de la hierba.

Me embarga la extrañeza, el desconcierto y la incompreensión.

Una hoja de periódico revolotea a ras del suelo hasta chocar con mis pies. Me agacho pero no sé cómo cogerla. Con el stick derecho dirijo la vista donde quiero y enfoco el elemento más cercano. La fijo sobre el periódico y, tras probar diversos botones, advierto que pulsando A puedo coger los objetos. Miro el titular de la noticia de portada, en letras gigantes y negritas: **ÉXODO**.

Me despierto sudoroso y taquicárdico en la oscuridad. ¿Dónde estoy? Toqueteo las paredes, me pego al tabique con los brazos abiertos, me pongo de pie en la cama y toco el techo.

Es mi caparazón.
Estoy en Casa.

Cascaradenuetz dice: ¿Qué tal? ¿Alguna batería chungu? ¿Algún trozo de vida perdido e irrecuperable? ¿Alguna anécdota curiosa que hayas grabado últimamente?

Me desperezo y me crujen todos los huesos. Me res-
triego los ojos vidriosos. Todavía veo la pantalla borrosa.

Ciria dice: Nada digno de mención. Las baterías son lo peor. Menudos quebraderos de cabeza. No duran nada.

Todas las mañanas me pasa lo mismo: me despierto, abro los ojos y de repente tengo la pantalla delante.

Ciria dice: Si tuvieras una cámara web te diría que sonrieras. Pero ya me dijiste que ni siquiera tienes una foto puesta.

Cascaradenuetz dice: ¡¿Grabas la pantalla del ordenador?!

Ciria dice: Con una mano tecleo y con otra sujeto la cámara. También la televisión, las obras de teatro, las películas del cine.

Mi dedo índice pincha la página de videojuegos sin consultar la orden a mi cerebro. Un reflejo medular implacable. También abro mi correo y el programa de chats, como si un médico me diera con un martillo en el punto justo del brazo y éste se moviera solo.

Mi brazo es de otra persona.

Me lo implantaron de un cadáver.

Cascaradenuetz dice: Grabar obras de teatro tiene su lógica. No salen en DVD a los tres meses. ¿Pero la televisión? ¿Y las películas? ¿Las cuelgas en Internet para que se las descargue la gente?

Ciria dice: No, qué va. Sólo son para mí. Las guardo para mí.

Giro la silla y miro el Ordeñador. Meto los archivos ordeñados en sus carpetas correspondientes. Todo es succionar y expulsar información, como el sexo, como el porno con el que trabajo. Mi Ordeñador les hace una felación a miles de personas a la vez, recreándose en la mamada durante días. Todo son entradas y salidas. La vida es información en diferentes formatos. Los testículos son dos dispositivos externos USB. La corrida, el software: la parte blanda. El pene, la parte dura: el hardware. El embarazo: un trovano vírico que crece y se extiende al no tener un antivirus decente. El programa de descargas es una orgía multitudinaria.

Enciendo el Lienzo digital, enciendo la Tostadora y los ventiladores empiezan a zumban como reactores con aspas.

Preparados para la ignición.

El 4.º A se dispone a despegar.

Cascaradenuetz dice: ¿Te grabas mientras estás en casa?

Ciria dice: Sí. Antes llevaba la cámara en mano la mayor parte del tiempo. O la iba poniendo en otro trípode cuando cambiaba

de habitación. Ahora tengo un sistema de cámaras que me graba continuamente. Es un descanso.

Cascaradenez dice: ¿Has pensado en más casos extremos de sexo para ponerme a prueba?

Cojo mi vieja grabadora mp3.

REC. Deja las bolsas en el ascensor y pulsa cuatro. Abre el buzón del cuarto a. Coge el dinero del sobre y deja el cambio. STOP

Vuelvo a encarar el Transatlántico. Ciria se ha desconectado sin despedirse. Cada minuto se actualiza mi revista favorita de videojuegos. Cada minuto quito y vuelvo a pinchar la página, como una jeringuilla obstinada e intermitente. Cada minuto hay una noticia nueva. Me vuelvo. Me estoy quedando sin botellas de leche vacías en mi Ordeñador.

Quién pillara unas vacaciones de tres meses vendimiando a 40 grados deslomado con las manos arañadas y callosas.

Debería comprar un par de discos duros externos de 100 terabytes cada uno. Transvaso un hectómetro de leche al Tatuador y tuesto un DVD de doble capa.

Acaba de sonar el interfono. Miro por la pantallita. Es el cartero. El cartero sabe cuál es el procedimiento.

Meter paquete.

Pulsar 4.

Recoger paquete.

Firmar albarán.

Pulsar B.

Recoger albarán.

Descorro cerrojos y abro candados y vuelvo a cerrar candados y correr cerrojos. Abro la cajita con un cúter. Viene desde New Jersey. Un par de rarezas de Jeff Buck-

ley imposibles de encontrar en tiendas virtuales. Saco los discos y miro el revés: intactos. Cuando abro un paquete con algún producto ganado en una subasta online, me sobreviene una sensación especial. Recibo discos, películas y juegos de París, Amsterdam, Londres, Dresde, Tokio, Sydney, Milán, Buenos Aires, Reikiavik..., lugares dónde nunca iré, lugares que nunca veré, a no ser que salgan en algún videojuego. Pero cierro los ojos y me imagino sus paisajes, su temperatura, su atmósfera, sus calles, sus gentes, y me imagino a alguien en esa ciudad dedicándome un pedacito de su tiempo. En uno de esos recónditos lugares que casi no existen de tan lejanos que me parecen. Me imagino a esa persona haciéndome el paquete, con todo su mimo, escrupulosamente, poniendo mi dirección, poniendo mi nombre y mis apellidos a mano, con la mejor de sus caligrafías, envolviendo el disco en plástico de burbujas, llevándolo al servicio postal de su ciudad, con la esperanza de que me llegue. Entonces me siento especial. Me siento alguien. Entonces me siento alguien entre seis mil millones de personas.

Ha vuelto a sonar el interfono. Cojo la grabadora, descuelgo el auricular y pulso PLAY. *Deja las bolsas en el ascensor y pulsa cuatro. Abre el buzón del cuarto a. Coge el dinero del sobre y deja el cambio. STOP.*

Descorro cerrojos y abro candados. El ascensor se abre con la mercancía. Estoy hambriento. Cojo todas las bolsas y me meto en Casa tras un portazo como un gato erizado y bufando para que no se le acerque nadie.

Después del atracón, me aovillo en la cama con el mando de la consola entre las manos para dormir un rato.

La gente huyó tras la pandemia, según las noticias de los periódicos; todos fechados antes de la evacuación y cuarentena.

A mi alrededor, letreros, anuncios, señales de circulación, semáforos, nombres de establecimientos; símbolos vaciados de su significado, huido a lomos de los exiliados, que naufragan en mi isla mental como un partido de tenis con una sola raqueta.

Me fascina pensar que es la misma ciudad que soportaba el torbellino humano de ruido, luces e información.

Sistemas cilíndricos, tuberías, máquinas de aire acondicionado. Todo quieto y extrañamente silencioso, sin funcionamiento ni combustión energética alguna. Las aspas de los respiraderos no se mueven. Los edificios en construcción, con sus siniestros esqueletos de acero, sus andamios y sus grúas..., abandonados a su suerte.

A veces se oye un batiburrillo sostenido, lánguido y grave que proviene de las entrañas del suelo. A través de las rendijas de ventilación del metro, posiblemente.

Me imagino la ciudad desde el cielo, con sus avenidas y calles perfectamente paralelas y perpendiculares, y nadie más que yo recorriendo ese mapa con rascacielos inmensos.

Tras una larga caminata he llegado a Times Square, completamente apagado y muerto. Los últimos rayos de sol reverberan brillantes sobre el cristal de las fachadas.

Los letreros digitales de mensajes publicitarios y las secuencias de las acciones en bolsa están inactivos, y las gigantes pantallas están apagadas. Sólo resaltan levemente los colores de los anuncios que no son electrónicos. Cojo mi potente linterna del maletín y sondeo los carteles: obras de teatro, musicales de Broadway y películas que no llegaron a estrenarse nunca. Enfoco el logotipo de Virgin sin iluminar y la M curvada omnipresente de McDonald's. Miro hacia atrás. La pantalla gigante del edificio de los M&M totalmente negra. Al lado hay un edificio gigante con unas banderas totalmente estáticas: dos americanas y otras dos que no conozco. Busco el nombre accionando el zoom de mi mirada: Renaissance Hotel.

Deambulo por Times Square entre las dos torres enfrentadas con pantallas que emitirían anuncios si estuvieran encendidas. Mientras anochece, experimento una amalgama de sensaciones ambiguas: fascinación, espanto, curiosidad... Las atípicas circunstancias de la ciudad conforman una escena misteriosa e inquietante, como si estuviera en una Manhattan perteneciente a una dimensión paralela. En el horizonte, algunas nubes violáceas convergen anaranjándose en su parte más cercana al sol. La iluminación terrosa del atardecer baña una ciudad desierta, cargada de un cálido secretismo.

Algo se ha movido en mi visión periférica y me ha estremecido. ¿Hay alguien más aparte de mí? Busco visualmente en los alrededores con la linterna, pero todo está quieto y amenazadoramente silencioso. La posibilidad de que aparezca algún movimiento en el cerco de la linterna me aterroriza. Unos lamentos espeluznantes me hacen girar en redondo y los ojos se me salen de las órbitas. Dos individuos avanzan hacia mí cansinamente con los brazos colgando de los hombros, como robots oxidados tironeando sin ninguna fluidez. Deben de ser dos infectados como los que salen en las fotos de los periódicos que hay por el